

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>Ocho autores en busca de un editor</p> <p>Biblioteca Mínima Santandereana</p> <p>VARIOS AUTORES</p> <p>Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 2009-2011¹</p> <hr/> <p>LA COLECCIÓN emprendida por la Universidad Industrial de Santander (UIS) bajo el nombre Biblioteca Mínima Santandereana, demuestra, para empezar, cuán cierto puede llegar a ser aquello de que el camino hacia el infierno siempre estará empedrado de buenas intenciones. En principio, se trata precisamente de eso, de un empedrado de buenas intenciones. Una suma de libros de disímil género desperdigados en una colección sin un diseño y concepto editorial claros y contundentes que respondan a lo que pretende constituirse como biblioteca en homenaje a los autores de la región, hecha nada más ni nada menos que por el fondo editorial de una prestigiosa universidad. Piedras grandes y pequeñas, de río, de trocha, piedras irregulares, redondas y otras puntiagudas en un largo y estrecho camino hacia el interior de la memoria escrita de un departamento que, por un lado, nos pone frente al cuadro de costumbres a ratos pintoresco, otras bastante anacrónico –y por ende falto de un estudio introductorio– de autores (cronistas y periodistas) de vieja data o simplemente frente a narradores y poetas algo más contemporáneos apenas referenciados en una breve biografía al inicio de cada volumen, la misma que en forma absurda vemos replicada casi por completo en la contracubierta del libro. La iniciativa parece querer recuperar toda una generación de bohemios, escritores y ciudadanos de bien (así se dice, por ejemplo, de uno de sus convocados, Ernesto Camargo Martínez), junto a figurines del periodismo de época para dar habida cuenta de la naciente vida cultural de mediados y finales del siglo XIX en Santander, hasta autores más o menos recientes, como lo son el poeta de Zapatoca, Hernán Vargasca-</p> <p>1. En red: http://cultural.uis.edu.co/biblioteca.php</p>	<p>rreño, o el escritor y académico Pablo Montoya, cuya novela <i>Lejos de Roma</i> (Alfaguara, 2008) tuvo la oportunidad de comentar en el <i>Boletín Cultural y Bibliográfico</i> núm. 83, (2012). Ahora bien, bajo géneros inexactos como llamar <i>Versos y prosas</i> a uno de estos volúmenes, como ya se verá más adelante, o hacer una recopilación sin un esquema que ponga cada cosa en su lugar, la colección ha venido publicando a sus autores en una serie de minilibros, o libros de formato “mínimo”, con un llamativo defecto editorial: el diseño en general, así como la compilación, parecen haber sido encargados al dependiente de una fotocopiadora. La primera fuente en la paleta de estilos, párrafos mal justificados, nada de ingenio en su diagramación (franjitas grises que vienen y van impunemente) y una biografía que, como ya se dijo, informa del autor sin más faro que los datos de entrada que se mencionan al hablar de cualquier hijo de vecino.</p> <p>Los ilustres hijos de Santander que la colección ha querido ‘homenajear’ incluyen, según los volúmenes a los que aquí me referiré, a Ismael Enrique Arciniegas, Luis Enrique Antolínez, Alfonso Acevedo Díaz, Juan Cristóbal Martínez, Ernesto Camargo Martínez, Gustavo Wilches Castro, Gonzalo Buenahora y Pablo Zogoibi. Se trata, en su orden, de los tomos 3, 7, 8, 9, 10, 11, 12 y 13.</p> <p style="text-align: center;">* * *</p> <p>El primero de estos, <i>Poesía</i>, de Ismael Enrique Arciniegas, revela tan poco sobre su autor que incluso cualquier consulta parcial en Wikipedia supera con creces lo consignado en la lánguida presentación y contracubierta del libro. De esta “figura de la poesía y el periodismo” se cuentan dos o tres datos puntuales. Su paso por el periodismo como director de <i>El Nuevo Tiempo</i> (1905-1932), y su labor diplomática y papel en las luchas civiles. Afuera quedan los exámenes, el análisis minucioso de una obra poética que se recoge sin mayor sentido, poemas de aquí y allá, algunos tomados del suplemento cultural del diario de su propiedad, llamado sin mucho esfuerzo como <i>El Nuevo Tiempo Literario</i>, y al cual un biógrafo fantasma juzga en estas líneas como “un emporio de nuestra</p>	<p>literatura de los albores del siglo XX”. El poeta Arciniegas, aparte de un empresario de los medios de comunicación y un desertor de vocaciones como la jurisprudencia o el sacerdocio (Wikipedia <i>dixit</i>), no posee una obra tan relevante como lo pudo ser su lugar dentro del naciente periodismo del siglo pasado, así como su trasegar por toda suerte de oficios políticos que lo llevarían a ser desde coronel en la guerra civil de 1895, hasta diputado, concejal y representante a la Cámara. Su poesía de corte parnasiano y alambicado es recogida aquí por el antologador fantasma, al tiempo que nos sigue quedando la enorme inquietud de un estudio académico, porque en su lugar leemos cosas como esta: “En la producción poética de Arciniegas hay dos épocas bien definidas: la de su juventud, a la cual pertenecen casi todas las producciones originales que le dieron rápidamente renombre continental, y la de su vejez, en que, con sorprendente frescura e inspiración, se dedicó a verter al castellano a Heredia y a Horacio, y a trazar admirables evocaciones de la Bogotá colonial”. Como quien dice: si quiere saber más, vaya e investigue. La grandilocuencia de varias de estas apreciaciones (continental, admirables...), es lugar común en la colección y revela quién pudo haber sido el responsable de líneas como estas. A todas luces se trata de alguien afanado por redactar notas de contracubierta vendedoras. Este tomo en particular me inquieta por cuanto más adelante, en el libro <i>Poesía</i>, de Alfonso Acevedo Díaz, los ‘editores’ decidieron publicar traducciones que este autor hiciera de poetas como Baudelaire o Gautier. Los poemas aparecen desperdigados por ahí, o más bien trasapelados, entre los versos ya propios, sin más orientación que un par de tristes apellidos entre paréntesis. El libro de Arciniegas, dado que además de diplomático, gacetillero y poeta se nos muestra como un brillante traductor, ¿no debió acaso incluir también sus traducciones?</p> <p style="text-align: center;">* * *</p> <p>El tomo siete de la colección, <i>Versos y prosas</i> de Luis Enrique Antolínez es el único de estos libros con un texto a manera de presentación que acompa-</p>

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>ña la nota biográfica. Su autor, Carlos Torres Durán, lo escribió en 1922 y en él rinde una especie de homenaje fraterno a quien fuera su amigo, un periodista que trabajó en los diarios <i>El Tiempo</i> y <i>El Espectador</i> por allá a principios de 1900 y quien estuvo rodeado, como se afirma, por la adversidad; un joven venido de provincia que llega a Bogotá para encontrar “los ‘fúnebres ramos’ de la muerte”.</p> <p>La constante apuesta por un lirismo importado, y la creciente necesidad de adoptar un tono exultante aprendido, como lo afirma Torres Durán, de su aprendizaje junto al profesor Francisco A. Paillí le llevó, y vaya qué clase de afirmación tan pintoresca, “a dislocar símiles, metáforas y sinédoques a la manera de los escritores franceses. Se estudiaba allí, en sus textos originales, a Mallarmé, Verlaine, Regnier, todos los modernos y también, de cuando en cuando, uno que otro clásico español, sólo ‘como para enjuagarse la boca’”. La temprana muerte de Antolínez no permitió que esta poética llegara a concretarse y vemos, a lo largo de la selección, retazos complejos y maduros junto a otros versos que delatan una inocencia plagada de consonancias y rimas de costurero: “Ya verás... La tarde / pondrá en el alarde / que te harán las flores / de sus mil colores / una hebra de sol”. Hacia el final del libro, tres textos en prosa reafirman nuestras sospechas. Se trataba de un joven con demasiadas ideas pero muy mala suerte. Uno de estos textos me lleva a preguntarme si no habría sido mejor dejar ciertas cosas en el olvido, pues, aparte de los defectos propios a los textos originales, quien transcribió o recuperó dicha obra dejó de paso su firma en el libro: “Ante ella habían desfilado millares de viajeros son (sic) conmoviera”. Aparte de estos gazapos, se nota en algunos giros de escolar la gracia de estos homenajes: se trata en este caso de poner en evidencia los errores de los muertos.</p> <p style="text-align: center;">* * *</p> <p>El tomo ocho, <i>Poesía</i>, pertenece a Alfonso Acevedo Díaz. Ingeniero, matemático y melómano dedicado, como se sabe, a la poesía; la biografía que aquí se muestra deja más preguntas que certezas. Aquello de ‘me-</p>	<p>lómo’ no nos dice absolutamente nada –más adelante un “su cultura musical era exquisita” sigue dejando las explicaciones fuera de cámara– y se nos habla de su dominio de idiomas como el inglés, el francés, el alemán, el latín, el portugués y el italiano. Por alguna extraña razón, la selección que se hace de su obra aparece vilmente decapitada pues un apartado intitulado “Versiones” deja su poesía sin una cohesión temática y llega a confundir, dado que por cuestiones de diagramación y diseño, no se sabe a ciencia cierta si estamos asistiendo al taller de un traductor o al llano y descarado plagio de poemas hartamente conocidos como aquel “Los faros” de Baudelaire. Luego de diez poemas de Acevedo Díaz y sin aclarar mucho qué pitos tocan esas versiones a la mitad del libro, los poemas de Verlaine, lord Byron, Rodenbach, Rollinat o Kipling son, a mi parecer, literalmente masacrados. Sus nombres aparecen apenas mencionados, la diagramación no les hace ningún bien y un par de presuntos epígrafes le sirven no sé si a Acevedo Díaz o al compilador para acotar un par de imprecisiones sobre la naturaleza de dichos poemas. Aparte de esto, este grupo de traducciones se abre aquí con una canción pirata del siglo XVIII, “Quince hombres patean el pecho del muerto”. Un par de notas de pie de página intentan explicar el sentido y la procedencia de este texto y el autor nos cuenta incluso sobre algunos problemas de traducción; lo demás es simple perorata enciclopédica condensada en un párrafo de cinco líneas. Cerrado este capítulo de versiones, encontramos “El libro futuro”. Me acuso ignorante, puesto que no termino de entender si este apartado continúa con las consabidas traducciones o si se trata apenas de un epílogo personal en el que Acevedo Díaz espera rendir homenaje a sus poetas capitales, acaso parafraseando la poesía de estos para permitirse, como se ve en los poemas de Acevedo Díaz que abren el libro, denunciar hasta qué punto esas influencias marcaron, de mala manera, un estilo que no llega en ningún momento a ser propio. El capricho de esta selección se me aclara cuando, al final del libro, un poema de León de Greiff en memoria de Acevedo Díaz cierra con arabescos este breve y mal formu-</p>	<p>lado volumen. Sigo pensando que un editor con dos dedos de frente jamás habría concebido semejante desorden.</p> <p style="text-align: center;">* * *</p> <p>El tomo nueve, <i>Crónicas</i> de Juan Cristóbal Martínez, es quizá el más pintoresco de estos minilibros. Dedicado al periodismo en medios como <i>El Espectador</i>, el <i>Diario Nacional</i>, o <i>El Deber</i> de Bucaramanga, Martínez realizó estudios de Derecho y desempeño, como tantos otros escritores colombianos de principios del siglo XIX, cargos públicos de diversa índole. Luego de ejercer algunos cargos en el poder judicial, fue diputado a la Asamblea de Santander y senador de la República. El tono socarrón de estas notas periodísticas sin demasiadas pretensiones aligera un poco la carga que se lleve tras haber pasado lectura a los anteriores autores de la Biblioteca. La biografía, como siempre, deja mucho que pensar. En tan solo dos cuartillas el responsable anónimo de estas líneas revela un entrañable afecto por Juancé, porque así le dicen, y nos da información innecesaria junto a un afectado análisis de contracubierta: “(el autor) prolonga en nuestra tierra la línea de costumbristas del ‘mosaico’, que dieron a la literatura colombiana de mediados del siglo pasado, páginas de exquisito colorido local en estilo de limpia prosapia castellana, buidos de ingenio y de inofensiva malicia”. Los textos que aquí se recogen dan buena muestra de esa “prosapia” y revelan, aparte de ese costumbrismo antes anotado, un sentido del humor bastante fácil que no deja de parecer cercano, aunque sus notas y crónicas hablen de la vida política y cultural santandereanas de entonces, al tiempo que su apetito intelectual se hace presente en la mayoría de los relatos aquí compilados. No deja de ser interesante que el propio Martínez muestre en cada texto una postal de época en la que el humor recrea también toda una metafísica regional y por ello se muestre a ratos hilarante, aunque bien puesto en medio de sus comentarios sobre libros o cine. Así va de hablar de las dotes de Fulgencio Batista en Cuba, a hablar de Porfirio Barba Jacob, de los concursos literarios en el país, la crítica literaria; además, se declara un ignorante</p>

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>orgulloso que no ha leído el <i>Quijote</i> o pone en evidencia los trabalenguas de Cantinflas al bajarlo de su pedestal de vulgaridad colectiva para hablar de las virtudes de Charles Chaplin. De referirse a los lances de la aristocracia colombiana o contar alguna anécdota de coctel, pasa al tono personalísimo en el que pone de manifiesto sus preferencias literarias o habla de su hora predilecta para escribir: “No tener horas predilectas, horas que amamos más que las otras horas, en las cuales nos sentimos más dentro de nosotros mismos, es como no tener mujeres favoritas y tuviéramos que decir que todas nos parecen iguales. Esto sería una vulgaridad”.</p>	<p>culturales. A esta desafortunada obra narrativa, se suma el hecho de tener que asistir a una lectura mutilada. La novela, o lo que quiera que este libro sea, se nos pierde por cuanto tenemos apenas retazos acerca <i>De la vida de Iván el mayor</i>. Otro terrible problema en la colección.</p>	<p>la razón de su “mancha esotérica”, cuando descubre y revela al lector una suerte de <i>ars poética</i> plagada de tímidos desencuentros.</p>
<p>* * *</p>	<p>* * *</p>	<p>* * *</p>
<p><i>Relatos</i>, de Ernesto Camargo Martínez, es el décimo tomo de la Biblioteca Mínima Santandereana. Se recogen aquí cinco textos del libro <i>De la vida de Iván el mayor</i> (1942). Más dedicado a la vida literaria que los autores de la colección antes mencionados, Camargo se desempeñó como redactor y director del suplemento cultural del diario bumangués <i>Vanguardia Liberal</i>. Aparte de algunas novelas y libros de crónica, también ejerció el oficio de la traducción y la crítica literaria. “Camargo Martínez fue un bohemio, un escritor y un ciudadano de bien que transitó su propia historia, sin codicia y sin la afanosa búsqueda de bienes materiales”, apunta por ahí el biógrafo fantasma de la Biblioteca. Este libro reúne apartes de una novela, o por lo menos eso se dice en la nota biobibliográfica y se desmiente en la página siguiente cuando se afirma todo lo contrario, que se trata de un libro de relatos. Habla de la vida de Iván –aquí una especie de seudónimo para un libro que quiere ser autobiográfico– y de todo aquello que “sucedióle” a dicho “mancebo” en sus correrías en “las locuras de la carne” junto a niñas bonitas y libros que “chiflarían al pobre muchacho”. De un arcaísmo castellano un poco impostado, Ernesto Camargo Martínez salta al relato inocente; de los lugares comunes pasa de pronto a un lirismo cortesano bastante anacrónico. En general, se trata de una narrativa hecha de sincretismos y de apropiaciones</p>	<p>El tomo once, <i>Prosa</i>, pertenece a Gustavo Wilches Castro. Con él abrimos un libro mucho más sólido en su contenido que otros de la colección. Reúne algunos textos que reflejan una madurez de estilo desprovista de esos sobresaltos regionales que se quieren hacer pasar por vanguardistas y tras los cuales sentimos los aires encontrados de una idiosincrasia regional embebidos de la fiebre por las literaturas europeas de principios del siglo XIX. Wilches Castro, contrario a sus compañeros de colección, no estuvo involucrado en la vida política y periodística del país, aparte de un corto periodo como secretario de Obras Públicas en la gobernación de Benjamín García Cadena. En su lugar, desarrolló una brillante carrera como ingeniero al frente de proyectos como el tranvía de Bogotá o la central hidroeléctrica del río Lebrija en Santander. De su labor como escritor no se da en la nota biográfica ni el más minúsculo dato. Luego, quedamos expuestos ante una serie de textos a los que no se les hace en este compilado justicia alguna. Los dieciséis textos incluidos reflejan, como ya dije, una limpieza estilística que agrada en tanto la lectura refiere episodios de la cultura colombiana con un tinte más narrativo que periodístico. Aparecen aquí perfiles de personajes como el bobo del pueblo, el hombre que madruga o la muchacha que riega el jardín, eso sí lejanos del exotismo que se esperaría al dibujar instantáneas locales o querer dar a cada perfil un carácter más regional que humano. Al narrar, Wilches Castro acomete otra empresa, la de sus inquietudes artísticas y literarias, y se pregunta, por ejemplo, sobre la diferencia entre educación, cultura y ciencia; o al establecer una oposición entre inteligencia e intelecto; en sus pesquisas literarias y personales reconoce, y sin hacer tanta alharaca,</p>	<p><i>Crónicas</i>, de Gonzalo Buenahora, número doce en la colección de autores santandereanos, ameritaría, más que una biografía como la consignada en este volumen, una especie de análisis en contexto de la situación de la región y de su lugar como activista y fundador de la Unión Sindical Obrera, abanderado de algunos de los movimientos estudiantiles que marcaron tanto la Colombia de mediados del siglo XX. La selección hecha para este libro de crónicas de Buenahora, tomadas del libro <i>Anverso de Barranca</i>, acude también a fenómenos culturales de la región –la guabina santandereana– a la par que trae a cuento nombres como el de Cantinflas (y de paso hace lo que su coetáneo Juancé), subrayando una vez más la importancia de Charles Chaplin en una comparación odiosa pues resulta casi como si se comparara a Chespirito con William Shakespeare. De allí pasa a examinar un poco la vida santandereana al mirar de soslayo asuntos tan dominantes en la región como la situación de la industria petrolera o aquel “feudalismo medieval y religioso” que tanto daño hizo a las almas piadosas, mientras la clase dominante vivía su eterno verano a costa de la clase obrera. El examen es, en general, cosa ya sabida, pues en el país el discurso político siempre ha sido asunto de maniqueísmos y sabemos tan bien de esta clase de discursos y pronunciamientos que el libro de Buenahora queda más como documento para estudiantes de ciencia política que como material literario susceptible de referencia. Gonzalo Buenahora estuvo en la cárcel un tiempo, allí finalizó el libro <i>Sangre y petróleo</i>; murió en Bogotá en 1998.</p>
		<p>* * *</p>
		<p>La Biblioteca Mínima Santandereana recoge a la fecha una veintena de autores. Mencionaré para terminar el tomo trece de esta colección, <i>Poesía</i>, de Pablo Zogoibi. Recurro a la nota biográfica para subrayar lo que el edi-</p>

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>tor desconocido asegura sobre Zogoibi: “Pablo Zogoibi inició su ascenso a la gloria con una poesía sentimental, romántica, de perfiles de ruiñeñor. La dedicó a sus mujeres vestidas de sol, a las ciudades y a los pueblos de América”. Luego de anunciárase tan festivamente la obra de este autor bumangués, veo como el encargado de los gazapos de la Biblioteca afirma para rematar, “[Zogoibi] habla y escribe el alemán, el ruso, el inglés, el francés y el italiano... Le (sic) selección de los poemas, se tomó del libro ‘Cantera en llamas’”, sobra decir que a lo largo de todos los libros de la UIS se citó de mala forma la bibliografía.</p> <p>La poesía de Zogoibi reúne, como la de otros libros de la colección, los defectos y la afectación de una poesía sin voz propia:</p> <p>Yo soy mi propio cáliz que da embriaguez suprema; y soy mi propia estrella que alumbra noche y día; soy mi propio libro y soy mi propia guía; mi sacerdote, mi altar, mi poema.</p> <p>Este libro, como los otros, llama la atención por la simpleza de la compilación. Habría que retomar cada obra con calma, buscar en los cajones de cada poeta, cronista o narrador, algo que nos dé la posibilidad de crear un examen más arduo y un estudio que sostenga el grueso de la Biblioteca Mínima Santandereana, y por mínima es necesario que un editor inteligente se asome a ella para hacer siquiera una mínima revisión.</p> <p>Carlos Andrés Almeyda Gómez</p> <hr/>		